

ENTRE EL SUEÑO Y EL DÍA La leyenda del ícono oculto de la Ascensión

5º- 6º

Era la primera vez que el joven Próyor estaba solo en la cabaña desde que, años atrás, había huido de los duros golpes del campesino que lo maltrataba. Era un pobre huérfano al que siempre se le echaba la culpa, sin importar lo que hiciera o dijera. Medio muerto de miedo y hambre, el padre Macario lo encontró en el umbral de su cabaña, lo cuidó, lo sanó en cuerpo y alma, y al enterarse de que el niño no tenía a nadie, lo adoptó. Ahora Próyor llevaba mucho tiempo allí—no sabía contar los años—y se había convertido en un joven fuerte pero callado, feliz en la soledad junto a su querido padre Macario.

Hoy estaba solo por primera vez. El padre Macario había partido al monasterio más cercano—a dos días de viaje—para celebrar la fiesta de la Ascensión de Cristo y la venida del Espíritu Santo, la fiesta de la Santísima Trinidad. A Próyor lo dejó atrás:

«Debes quedarte, Próyor, y alimentar a los pájaros y a los animales cuando vengan a su hora acostumbrada. Los animales son criaturas de Dios. ¿Cómo podríamos olvidarnos de ellos en los días sagrados?»

Próyor se quedó feliz en casa. No le gustaba el monasterio. Las estrictas reglas y las celdas estrechas lo agobiaban, aunque el oro y las velas encendidas en la iglesia lo impresionaban. En la humilde cabaña y en el silencio del bosque, podía rezar con más devoción y sentirse más cerca de lo sagrado.

Como se le había ordenado, cuidó de los animales y les dio lo mismo que comía él y el padre Macario—a menudo sólo migajas de pan seco.

Caminó por la cabaña, revisando que todo estuviera en orden y limpio. La habitación le parecía más grande que nunca, amplia en el silencio y la soledad. Pero no tenía miedo. En el rincón, sobre la lámpara eterna, colgaba un ícono de Cristo pintado por el padre Macario. Y el anciano nunca desprendía de él, por más que ricos mercaderes y altos oficiales, que lo visitaban buscando su consejo, se lo pidieran. Le ofrecían grandes sumas y valiosos regalos.

«Dánoslo, padre, a nosotros, pecadores, para salvación y fortaleza contra el mal».

Él les daba otros íconos de santos que había pintado y les decía que llevaran los regalos al monasterio. Sólo guardaba lo necesario para alimentarse, para Próyor y para los pájaros y animales.

«¿Por qué no quiere entregar este ícono en particular?», pensó Próyor, y se lo preguntó al padre Macario.

«Si nuestro Salvador nos concede la gracia de venir a nuestra cabaña a través de esta imagen, dándonos salvación, bendición y protección contra el mal, no podemos venderlo como Judas por dinero, aunque fueran treinta veces treinta monedas de plata».

Prójoy sabía que el padre Macario vivía con el ícono y que no tomaba decisiones sin consultarlo en oración. Sí, el padre Macario había pintado muchos íconos, pero sólo cuando «Dios lo llamaba» y le permitía «ver» lo que debía pintar. Para eso, tenía el permiso de los ancianos del monasterio.

Cuando le ordenaba a Prójoy ayunar y rezar, y cuando él mismo pasaba las noches arrodillado ante el ícono de Cristo en profunda oración, el pequeño Prójoy ya sabía, desde hacía años, que el padre Macario pronto pintaría. Al amanecer, el anciano salía a la colina cercana, y cuando regresaba, estaba tan distante y extraño que Prójoy no se atrevía a hablarle. El anciano abría la puerta de la habitación contigua y la cerraba tras de sí; y Prójoy sólo entraba cuando lo llamaba. A veces tardaba días. Entonces debía ayudarlo a preparar nuevos pigmentos. Todo lo necesario lo recolectaba Macario mismo y mezclaba cada color con sus propias manos.

«Si se nos concede la gracia de hacer visible lo sagrado para los hombres, también se nos darán los colores, pues no sirven los comunes con los que se pinta lo mundano».

Sólo cuando ayudaba al anciano, Prójoy entraba en la habitación; podía ver cómo la imagen se desarrollaba y se convertía en un ícono vivo, portador del Espíritu.

En esos recuerdos de su infancia se sumergió Prójoy. Abrió la puerta de la habitación contigua. Allí estaban los pigmentos que Macario había usado para el último ícono que llevó al monasterio. En el sencillo caballete había una tabla de madera lista para pintar, aún vacía. Prójoy la miró largo rato, con anhelo.

«¿Podré llegar a pintar algún día?», pensó. «Nunca he visto un ángel o un santo, y no podemos pintar lo que surge de nosotros, sólo lo que se nos revela», decía el padre Macario.

Además—lo sabía—sólo con el permiso de los ancianos se podía comenzar esa sagrada tarea. Suspiró hondo, salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado.

Faltaban tres días para la fiesta de la Ascensión. Como el padre Macario le había enseñado, Prójoy ayunó y rezó día y noche. Así, en la última noche, se arrodilló ante el ícono de Cristo. No encontraba palabras, pero su corazón estaba lleno de devoción, amor reverente y entrega. Poco antes del amanecer, salió de la cabaña. Era como si lo llevaran de la mano hasta la colina despejada. Allí se arrodilló, esperando la salida del sol.

Las estrellas se habían desvanecido, el cielo se bañaba en una luz verde-amarillenta. Entre los troncos blancos de los abedules aparecieron los primeros rayos dorados del sol. Prójoy extendió los brazos:

«Señor, estoy listo». No supo por qué dijo eso. Y entonces la vio—la figura celestial, más radiante que el sol y más pura que la nieve. ¿Quién podría describirla con nuestras pobres palabras humanas? De ella emanaban rayos que se expandían hacia lo alto, lo ancho y lo profundo. La aparición crecía, perdía su forma original y se volvía como una nube. Los rayos ascendían hasta el cielo; hacia abajo penetraban hasta el corazón de la Madre Tierra, y los que se extendían a los lados se inclinaban como para abrazar el mundo entero. Prójoy, con los brazos

extendidos, cayó al suelo como si también quisiera abrazarlo. Entonces oyó una voz que surgía de las profundidades de la tierra y de las alturas del cielo:

«He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo».

Todo quedó en silencio, la naturaleza contuvo el aliento. Luego, un suave murmullo surgió entre las ramas de los viejos árboles; tímidamente, algún pájaro comenzó a cantar, hasta que poco a poco un coro jubiloso llenó el aire. Dos ciervos pasaron confiados por el bosque; en el borde del prado, los conejos jugaban.

Como en un sueño, Prójor regresó a la cabaña; atravesó la primera habitación y abrió la puerta de la segunda. Allí estaba la tabla de madera—como esperándolo. Como en un trance, tomó el pincel, preparó los colores y comenzó a pintar. Pintó lo que había visto. Sabía que había presenciado la Ascensión de Cristo.

Y la pintó. Pintó mientras hubo luz. Por las noches, se arrodillaba ante el ícono de Cristo. No comía ni bebía. No sentía dificultad ni duda al pintar. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¡Estaba bendecido! Hasta que un día una voz le dijo:

«Deja ahora el pincel». Obedeció. *«Mira la imagen»*, dijo la voz. La contempló y vio todo lo que había presenciado. Y la imagen tenía vida sagrada: era un ícono. Entonces cayó de espaldas y quedó tendido ante la pintura.

Así lo encontró el padre Macario. Vio al joven con los ojos cerrados, en una paz transfigurada. Luego vio la imagen. Lo obligó a arrodillarse. Y supo todo lo que había ocurrido.

Esa noche luchó por la vida del joven, como una vez lo había hecho por la del niño que encontró en su umbral. Una vez más, sus oraciones vencieron al poder oscuro. Al amanecer, oyó una voz débil:

«Padre, ¿está enojado conmigo?».

«Es bueno que esa sea tu primera pregunta; pero debería ser: ¿está enojado el santo Dios, el Salvador, conmigo? Que hayas podido verlo fue una gracia y el comienzo de un camino bendito. Pero sólo el comienzo. Que lo hayas continuado, siguiendo tus propios deseos, fue un error. ¿Quién te dio permiso para capturar lo que se te reveló en un momento sagrado? Eso lo deciden los padres elegidos por Dios, y su decisión surge de ardientes oraciones».

Prójor quiso decir algo, pero se contuvo y obedeció en silencio.

El padre Macario reflexionó largo tiempo sobre qué hacer. Pidió iluminación ante el ícono de Cristo. ¿Debía informar a los ancianos sobre la acción del joven? ¡Las reglas del monasterio eran muy estrictas! ¿Debía destruir la imagen? ¡Dios no lo permitiera! Contenía vida sagrada. ¿Debía, para proteger al joven, decir que era suya? ¡No podía manchar lo sagrado con una mentira! Pero tampoco podía entregar la imagen a los fieles para su veneración: había nacido de la desobediencia, sin bendición—¿podría traer salvación y bendición a quienes rezaran ante ella?

Finalmente, en oración, el padre Macario encontró una solución. Tomó la imagen, la cubrió con un líquido transparente que la protegería de los elementos y de la destrucción. Luego llamó a Prójor.

«Despídete de la imagen».

Prójor extendió los brazos hacia ella; con ojos angustiados miró al severo anciano, pero no dijo nada. El padre Macario se suavizó.

«La imagen se conservará, porque es un ícono—a pesar de todo. Permanecerá oculta hasta que Dios mismo quiera revelar su mensaje a los hombres».

Ordenó al joven quedarse, tomó la imagen y salió de la cabaña.

A través del denso bosque, sin camino, llevó la imagen hasta un manantial de aguas plateadas que brotaba de las rocas y fluía entre prados floridos, arbustos espesos y árboles antiguos. El anciano detuvo el curso del agua con una gran piedra; luego cavó un hoyo poco profundo en el lecho y colocó la imagen, persignándose humildemente. Aseguró los bordes con piedras pesadas; luego retiró la piedra que contenía el agua. Liberada, el agua saltó por su cauce antiguo; fluyó sobre la arena y las piedras, fluyó sobre el ícono de la Ascensión.

El padre Macario se alejó del lugar. Los arbustos se cerraron tras él. Todo quedó en silencio. El agua del manantial murmuraba misteriosamente. Rayos oblicuos del sol se filtraban entre las ramas de los altos abedules. Cuando la luz tocaba el agua, brillaba como luz celestial. Al anochecer, los animales llegaron a su lugar habitual para beber. Se inclinaron sobre el agua. Sus ojos brillantes miraron atentamente el espejo del agua, transparente hasta el fondo. Luego se fueron y, desde entonces, bebieron más abajo, lejos de su antigua fuente.

El padre Macario regresó a casa—sin camino. Nadie más habría encontrado el camino a su cabaña. Pasó la noche en oración. Por la mañana, llamó al joven:

«No sé si Dios seguirá bendiciéndote. Quizás hayas cerrado ese camino con tu desobediencia. Pero hay muchas formas de servir a Dios. No puedes quedarte aquí—la tentación sería demasiado grande, y yo quizá demasiado débil para impedírtelo. Por eso, deja la cabaña y ve al monasterio. Sométete a todo en obediencia absoluta y lleva siempre en tu corazón la oración de Cristo: "Jesucristo, ten piedad de mí y sé misericordioso". Él estará entonces siempre contigo. Cuando llegue tu momento y el anciano lo decida, regresa a los hombres, sirve a los pobres y abandonados y cuéntales lo que viste».

Prójor obedeció y vivió muchos años en silenciosa sumisión. Hizo lo que el padre Macario le ordenó. La gente hablaba de un peregrino piadoso que recorría el país, visitando a los pobres, ciegos, caídos y abandonados, consolándolos con la promesa de que Cristo estaba con ellos y nunca los abandonaría, incluso en las horas más oscuras.

«Se ha unido a nuestra Madre Tierra, sanándola y bendiciéndola, a pesar de que nosotros, los hombres, la enfermamos y dañamos; y permanece con los hombres, ayudándolos y levantándolos cuando caen». Y siempre terminaba con las palabras del Salvador: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo».

A menudo decía a los jóvenes:

«Sed obedientes a Dios y a los mayores que Él ha llamado. De lo contrario, incluso lo más sagrado puede convertirse en tentación y haceros caer».

Lo llegaron a conocer por todo el país. Lo amaban, y a muchos ayudó. Hasta que un día dejó de verse. Pero no lo olvidaron. Y contaban—quizás hasta hoy—que, cuando ya era anciano, a veces hablaba de un milagroso ícono de la Ascensión que revelaba el gran amor del Salvador y el sagrado misterio de su Ascensión; pero que ese ícono debía permanecer oculto hasta que llegara el momento de su revelación. Si alguien le preguntaba:

«¿Cuándo será, padre Prójor?», él sonreía:

«No lo sé. Debemos ser pacientes y esperar. El día llegará».

Aportación de Comunidad de Cristianos